

Versión Imagen

FRANCISCO MASSIANI

Los Pajaritos de Doña Concha

I

Concha de los Angeles y Justino su marido, no contaron con la suerte de conocer la quebrada Chapellín cuando era un milagro de agua limpia nacida en la montaña del Avila.

Entonces descendía de un modo natural, siguiendo el curso que le procuraba la naturaleza, sin el control del progreso de la ciudad. Transparente y fría alimentaba árboles, refrescaba temperaturas, ganando resplandores en amaneceres y crepúsculos dorados inigualables sobre piedras y sobresalientes, hasta atravesar el Puente Murillo, y continuar bajo el Puente Chapellín sin tropiezos que no fueran los que inventara Papa Dios.

La quebrada se secó y entonces sobraron desamparados que penosamente se procuraron materiales sobrantes de obras de construcción como vigas, cabillas oxidadas, maderas de embalajes abandonados y hasta cemento y ladrillos y con el esfuerzo y la paciencia que fortalece la pobreza, terminaron por improvisar cientos de viviendas de diferentes proporciones y de modelos tan parecidos entre si, que más que un barrio parecía un descomunal edificio derrumbado sobre la tierra entre los que se confundían el rancho de Doña Concha y Justino.

Sin embargo, en invierno, cuando llegan los aguaceros, el agua enlodada alcanza más de una cuarta de densidad y ayudada por la pendiente del terreno, se violenta penetrando por los callejones, saltando por las estrechas escaleras y arrastra todo lo que encuentra sin peso y sin consistencia, creando la desesperación de los humanos y animales y transformando el barrio en una calamidad.

A Justino, ingeniero nato, fuera de dolerle el sufrimiento de los que no conseguían burlarse del mal tiempo, lo que más le causaba molestia era la proximidad del rancho vecino por encontrarse a sólo dos metros de distancia del suyo y porque la familia que la habitaba era un desastre.

Pero a Doña Concha, esa mañana, no le molestaron los carajitos gritones ni las dos concubinas que compartían el perpetuo alboroto de los niños con el padre de los gritones. Era una mujer de excelente humor a quien sólo el mal tiempo combinado con aquella familia infernal le endurecían el alma. Despertó a Justino con cara de haberse escapado de una pesadilla y le exigió que la oyera de verdad verdad porque lo que tenía que decirle era una vaina muy seria.

Justino no entendió lo que le dijo su mujer hasta no sentarse en la mesa, frente a la puerta con el pocillo de café. El temblor de la mano lo obligó a dejarlo sobre la tabla y fueron los perros que jugaban afuera los que lo despejaron lo suficiente como para recordar que Concha le había dirigido la palabra con gravedad. "No tengo ganas de reír ni de recibir una sonrisa de sueño cansado", le oyó decir, a un lado, frente a la cocina, mientras dejaba que se hirviera el aceite del budare, Justino no se había arrancado las lagañas y conservaba en la boca la saliva fermentada por el ron, y amargada por la necesidad de trabajar en un día tan bonito y con el cuerpo tan adolorido por el trabajo y la parranda que lo tumbó en la cama cuando lo celebró con el compadre Joaquín, después de quince días de aguantar la sed, y de ajustarse a la disciplina de su trabajo. Era de oficio pintor de brocha gorda; pero como buen pobre lo cambiaba con tal de contar con su compadre quien lo orientaba por ser más audaz y por conocer mejor las viejas casas de La Florida. El compadre además de pintor de brocha gorda, se transformaba en plomero, electricista, jardinero, o realizaba pequeños trabajos de albañilería. Todo dependía de la necesidad y también de la suerte y esa vez demoraron en una quinta el tiempo suficiente como para ganarse la paga de un mes, y vivirlo sin inquietudes, pero lo celebraron durante una semana y perdieron casi una quincena.

—No me dijiste nada -dijo Concha-.

—Porque no sé de lo que me estabas hablando. ¿No ves que todavía estoy muerto?

—Entonces párate de ese entierro y óyeme bien: tengo mil años mirando hacia el techo.

—¿Por qué? ¿A qué parte del techo?

Justino se guió por la mirada de los ojos grandes y húmedos de su mujer y vió el cable y después el bombillo que colgaba de la viga que atravesaba de muro a muro como sostén de las otras vigas y cabillas de la estructura del techo.

—¿Al bombillo?

—Estoy cansada de verlo. No sé por qué cada vez que me quedo en casa no le quito los ojos de encima.

—Trata de ver cucarachas. Así acabas con ellas.

—Pendejo -dijo Concha. Esta vez sonrió-: Te juro que trato de fijarme en el cuadrado y no puedo.

Justino vió un paisaje nevado pegado con goma sobre la cama.

—Entonces piensa que estás volando.

—Tu sabes que soy muy gorda para sentir que vuelo.

—¿Entonces qué quieres que haga? ¿Que saque el bombillo y nos quedemos sin luz?

—No.

—¿Entonces?

Concha abrió los ojos como una niña asustada:

—Te voy a confesar un secreto: tengo mil años tratando de pedirte un favor y no me atrevo.

—Dímelo.

—Que pintes pajaritos de diferentes colores en el techo y en las paredes.

Apuró de tal manera las palabras que no la entendió.

—¿Qué vaina es esa, Concha?

Concha bajó la cabeza. Le habló de un modo pausado, mirando a la mesa, y meneándose sobre la butaca:

—Yo sabía que te ibas a poner bravo.

Justino consiguió tomarse el café de una vez; se quemó la boca y se frotó la cara con las manos.

Sentía deseos de fumarse un cigarro, pero sabía que de hacerlo, sentiría el estómago estragado. Necesitaba morder un pedazo de arepa y beberse otro pocillo. Se lo pidió a Concha.

Lo sorprendió el cambio de voz y de humor de ella. Al colmo que se asustó:

—Cuidado si me pides más arepas para escaparte de los pájaros.

Lo asustó porque imitó el tono de voz de su comadre Julia, una negra más negra y gorda que Concha que vivía con un carpintero los días feriados. Se ganaba la vida vendiendo empanadas y arepas en un negocio que tenía por clientela todo el barrio. Con la comadre Julia era imposible discutir. A Justino cuando en una reunión se le ocurría contradecirle, la notaba apagarse y endurecerse como una momia negra y él que jamás había palpado un arma en su pacífica existencia de pintor de brocha gorda, le resultaba inevitable recordar la escena de una película donde sentenciaban injustamente a un pobre diablo viejo y acabado. A Justino se le grabó para siempre el horror de la mirada del viejo segundos antes de ser vendado y perforado por los plomazos. Una implacable sentencia a muerte por el tribunal de guerra y ejecutaba en su imaginación, por el hombre que había preñado a la comadre Julia. Un soldado que desapareció el mismo día en que supo que la comadre estaba a punto de ser madre.

Imaginaba al soldado apuntándolo junto con cinco compañeros de arma y a la comadre esperando la orden para celebrar el desastre con un sancocho.

—Tengo hambre. -Se atrevió a decir.

—Una hora para responderme. Ya te lo dije: Pajaritos en todas partes de la casa.

—Está bien.

El cuerpo le temblata entero. Escondió las manos porque Concha notó que tenía que sujetarse a la mesa para ocultar el violento quebranto que evolucionaba en su organismo por la decisión de su mujer y la resaca del ron.

—Termina de darme la arepa y el café. Después del cigarro hablamos. Tengo la lengua pegada de las muelas y la cabeza mareada por el aguardiente de ayer.

—Joaquín y tú son un par de borrachos. No se cómo te aguanto.

Justino habló bajito:

—Porque soy más divertido que el bombillo.

Lo alivió escuchar la carcajada de su mujer. Después la saboreó con el calor que provenía del budare donde se asaban las arepas.

A Justino lo protegía ahora el olor a casa. No podía disfrutarlo sin la cocina y a Concha separada de ella. Pero las manos no tomaban en cuenta su corazón y los esfuerzos de ella por recuperarlo.

Temblaban de un modo exagerado. Las observaba con angustia y experimentaba la impresión de haberse dejado dominar por el espíritu de un ser invisible y burlón y lleno de mala leche. “Si tuviera una cerveza o un ron” —se dijo—. “Pero tengo que conformarme con el bendito café y las arepas”. Pero tenía a Concha y eso era mejor que todos los tragos del mundo. Le dió gracias a Dios por contar con tan buena mujer y ser tan paciente y generosa. “Esta vaina de la tembladera se me quitará poco a poco. Es puro miedo. Fue la voz de la comadre Julia. Habló igualito a esa vieja loca”.

Mientras Concha se ocupaba del desayuno, oyó un ladrido de perro.

Recordó los perros que jugaban en la mañana frente a la puerta. Poco después vió a un niño marrón, sin camisa, pasar corriendo con una piedra como para matar a un caballo. “Cuando uno está chiquito se divierte con una piedra”, murmuró. Y luego pensó que con los años sólo se recibían pedradas.

—Dígame eso —dijo—. Pintar pajaritos para Concha.

Ella se dió vuelta.

—¿Qué dijiste? —Preguntó Concha.

—Hablabas solo. Olvídalo.

—Cuidado con vainas.

Concha le puso el plato con las arepas y el café. Después de apartar una de las dos sillas, se sentó a su lado, acodada en la mesa. Sospechó que su marido desaprobaba su ilusión; cuando se sentía molesto o castigado, montaba una pierna sobre la otra, sacudía el zapato alzado, y clavaba los dedos de la mano desocupada en el pelo canoso que conservaba en el cráneo. Concha lo conocía.

—Se qué piensas —dijo.

La puerta se encontraba abierta. Ambos vieron hacia afuera. El sol resplandecía sobre una lata de cerveza del callejón de la entrada al rancho. A Justino le dolió en los ojos. Se los frotó. Luego escucharon gritos de niños y ladridos de perro. “La piedra”, se dijo. Terminó de masticar la arepa con las muelas que le quedaban y se secó el aceite de las manos con el algodón de un viejo pantalón que por haber sido usado por un señor de familia acomodada y demasiado bien alimentado, parecía más bien una falda cosida entre las piernas. A muchos amigos le causaba gracia el modelo porque de paso, siendo de aspecto frágil, ya que era pequeño y huesudo y con más arrugas que los años que había aguantado para inventarlas en la piel, se lo sostenía con un cinturón de Concha. Pero para Justino era ideal: le proporcionaba más soltura y ventilación en el trabajo.

Sorbió el café y después de dejar el pocillo sobre la mesa, sacó la caja de cigarros del bolsillo del pantalón y uno de los pocos que le quedaban lo encendió. Lo aspiró, y mientras dejaba escapar el humo por la nariz, se entretuvo con el diseño de la marca. Luego lo colocó sobre la mesa y lo golpeó suavemente chocándose los dedos.

—Están más caros que nunca: ahora cuestan el doble.

—Ojalá costaran el triple. No te imaginas lo que es dormir con una tos toda la noche.

Justino no la escuchó.

—Y lo peor es que la paga es la misma. También las brochas y la pintura y todos los materiales que necesitamos para el trabajo. Lo único que no está caro, según dicen, es la gasolina. ¿Pero quién va a cambiar una cerveza por una jarra de gasolina? ¿Desde cuándo se ha visto que la gente se quite el calor con un trago de gasolina? ¿Quién se va a alimentar con un plato de gasolina? Si uno no tiene ni siquiera bicicleta.

—No te hagas el loco.

Concha, además de emplear el tono de voz de la comadre Julia, lo miró como el soldado que la preñó y la abandonó cuando lo supo. “Para nosotros todo está caro”, dijo.

—¿Qué te pasa?, no te entiendo.

—Los pajaritos.

—Ah sí, los pajaritos.

—No me apartes los ojos y mírame. Eso es: los pajaritos. Así que olvídete de la gasolina y de la bicicleta.

—¿Y tu crees que pintándote los pajaritos te vas a olvidar del bombillo?

Concha era la voz de la comadre Julia y la mirada del soldado. Y Justino reflejó la expresión de una jornada de doce horas de trabajo.

—No lo sé —confesó Concha.

—¿Entonces?

—Tendría que ver pintado los pajaritos para saber qué pasa.

—¿Y si no resulta?

—Si no resulta, no te pido más favores. Tendré que conformarme con el bombillo.

Justino aspiró el cigarro, le sopló el humo al techo y se sonrió.

Le rascó la cabeza a Concha.

—¿Seguro gorda que no son ideas de tu comadre Julia?

—Seguro, viejo. Fue que ayer me desperté tempranito. Tu sabes que los pájaros por acá comienzan a cantar como a las seis y media. Tu estabas dormido. Entonces me sentí muy sola. Recordé cuando estaba chiquitica y me encantaba oír la mañana por la ventana de casa. Estoy segura que sabía reconocer cómo cantaban to-

dos los pájaros. Ahora los confundo a todos. Al único que reconozco es al cristofué. Pero antes los conocía a todos. Me sentí triste. Tu sabes que ya estamos viejos para tener muchachos y cuando te vas me quedo sola. Me quedo sola y mirando el bendito bombillo, ¿comprendes, mi amor? Yo cuando estaba chiquitica tenía flores y mariposas y gatos y pájaros, y todo lo bonito del mundo. Y no es que me queje, es la soledad. Tu por lo menos sales a la calle y conversas con tu compadre y te emborrachas y gozas, y yo sola como una tonta viendo el bombillo. Por eso fue que pensé que pintando pajaritos en el techo se me quitaba la manía y me sentía menos sola.

—¿Y tu prendes el bombillo cuando te quedas sola? ¿De día?.

—¿Y qué quieres que haga? No te fastidies.

Concha tenía los ojos húmedos, pero ahora a punto de lograr una lágrima.

—Pero es que me le quedo mirando, y hasta que no lo prendo no me quedo quieta. No sé que me pasa. Fíjate que tengo los ojos rojos todo el día.

Justino consideró en serio a los pájaros de Concha. “Mejor es que le pinte todos los pájaros que quiera, a que se me quede ciega”.

—De acuerdo —dijo.

Dio un golpé con los nudillos del puño derecho sobre la mesa.

—¿De acuerdo qué?

—Tendrás tus pajaritos, pero después no te quejes de sentirte encerrada en una jaula llena de pájaros como una guacamaya abobada por el bombillo. Y por favor, no hables más de pájaros y repitas pajaritos o pajarotes, que ya siento que tengo pico y alas y a punto de echar vuelo.

—Quién sabe si pasa.

—¿Qué cosa?

—Nada —dijo y se sonrió—. Pensé que paseabas entre las nubes.

Aún después de haber llegado al puente Chapellín, Justino compartía con una sonrisa las carcajadas que brotaban bajo el techo de su rancho. “Concha es una gran mujer”, pensó. “Lástima que sólo pinte muros y no pueda pintarle algo bonito”.

Saludó a los viejos que se encontraban sentados en la acera,

junto al nicho de la virgen de la esquina después de pasar el puente y se dirigió a la Ferretería donde trabajaba su compadre Joaquín. Pensaba en el trabajo y necesitaba calentar fuerzas con un ron. Saludó al dueño y buscó a Joaquín al fondo del negocio. Joaquín lo saludó entre dos estantes. Los anaqueles mostraban diferentes marcas de potes de pintura.

—¿Cómo se levantó compadre?

—Golpeado compadre. Nos tomamos todo el ron del mundo.

—Pero estaba sabroso, compadre.

—Seguro. Mira Joaquín, ¿me prestas la escalera?

—¿Y usted va a trabajar con ese montón de ron sin un buen sueño? Mire que ya no está muchacho.

—Tengo cinco menos que usted, compadre. Pero no me queda más remedio.

Salieron a la entrada de la ferretería. Por la calle real de Chappellín se entrecruzaban autos, camiones, y todas las motos necesarias para despertar a todos los dormidos. Justino no lo estaba; pero a pesar del ron y de haberse levantado dos horas antes, su organismo no asimilaba aún la agitación del nuevo día. Sin embargo, al detenerse en la puerta y permanecer distraído observando a la gente que pasaba, se fijó en el muro del taller mecánico y se despejó del todo. El pájaro no podía ser otro que un azulejo. Brillaba bajo el sol, con un azul más intenso que el del cielo, sobre el filo.

No se movía del lugar. O lo deslumbraba el frescor de la mañana, o no había encontrado pareja para disfrutar o una rama, o tal vez prefería digerir completo el desayuno antes de volar.

—Si logro agarrarlo, me lo llevo a casa, lo amarro de la pata de una mesa y lo pinto igualito. Porque si lo pinto de memoria me sale un rabipelado.

Joaquín lo escuchó. Se metió las manos en los bolsillos y se le acercó:

—¿Qué le pasa compadre? ¿De qué está hablando?

—Nada. Miraba. ¿Viste que sobre el muro del taller hay un pájaro?

Joaquín demoró el tiempo de sacar la cajetilla del bolsillo de la camisa y encender un cigarro en precisarlo. Su miopía era leve y reciente y no le causaba problemas en su trabajo. Respondió con el humo en la boca.

—Y bueno. ¿Usted no desayunó completo?

—Si, pero me gustaría llevármelo a la casa.

—¿Y para qué quiere usted un pobre animalito encerrado en ese rancho?

—Cosas de Concha.

—Ah, bueno: donde manda capitán no manda marinero. ¿Se lleva la escalera?

—Ahora mismo.

—¿Qué le parece un traguito antes?

—Perfecto compadre.

Joaquín descubrió la botella que permanecía oculta detrás de un pote de pintura. Se la pasó y vio como el amigo sorbía cuatro tragos a la vez. La devolvió a Joaquín y se secó la boca con la manga de la camisa. Después tosió, se secó por segunda vez la boca con los ojos rojos y lacrimosos como si hubiese probado un brebaje mortal. Entonces le insinuó con la mano temblorosa y abierta que le ofreciera el último. Joaquín lo complació sonreído. Después del quinto trago, la botella había disminuído la cantidad suficiente como para entristecer a Joaquín y eliminar a Justino el miedo a seguir tiritando.

—¿Qué tal compadre? —preguntó serio Joaquín.

Justino eructó, se secó dos lágrimas que brotaron del ojo derecho con un dedo y después de toser, le respondió que se sentía perfecto.

—Pero me acabó la botella compadre.

—Joaquín se la mostró.

—Perdone compadre. Yo le compro otra.

—Está bien. Olvídelo.

Joaquín escondió la botella en el mismo lugar y después le pidió que lo acompañara a buscar la escalera. Era de tijera, de aluminio y pudo sostenerla con el hombro derecho. Lo ayudaba la joroba, la experiencia y sobre todo la esperanza de atrapar el pájaro.

Justino acostumbraba a caminar cabizbajo como lo hacen los niños después de estrenar sus primeros zapatos. Justino no había estrenado zapatos porque los heredaba de sus parientes, o de dueños de casa donde trabajaba, en cambio heredó desde que dejó de chuparse el dedo gordo y perder el primer diente, caminar cuidan-

do no pisar las rayas del pavimento, o de los mosaicos. Posteriormente, olvidado del juego, además de sufrir de una timidez enfermiza, se le sorprendía con frecuencia dando saltitos por la calle. La gente ignoraba que no era por nervios, era miedo a pisar los bichitos que encontraba en el camino. De tal manera que con el tiempo le nació una joroba de las que les aparece a los seres desafortunados, tristes o de una sensibilidad exagerada. En el caso de Justino, era una timidez incurable y tan vieja como el tiempo transcurrido desde la vez que procuró evitar muchedumbres; gente desconocida en su casa o fiestas de más de cinco personas. La culpa la tenía Concha por haberlo obligado a bailar en casa de sus parientes, sabiendo que sólo bailaba si bebía demasiado, o si lo dejaban sólo en su casa. Sin embargo el defecto lo ayudaba a soportar, y ajustar más comodamente las vigas, o las tablas, o pesos. Pero sobre todo la escalera, fuera de salvarlo de las caídas inevitables en el trabajo de la albañilería y el de peatón en una ciudad donde jamás se han preocupado por los seres que tienen piernas en vez de cauchos. Resultaba difícil que después de permanecer escasos minutos en una casa, no conociera el número de chiripas o cucarachas, o cualquier animalucho de los que duermen de día y juegan a pasearse sin haber llegado la noche, por hambre o por insomnio. Lo único que le dolía de veras en la costumbre de andar de ese modo era los tropezones con árboles, postes y hasta con puertas y muros, si por casualidad pasaba del encantamiento de las primeras copas a la absoluta plenitud de la borrachera.

De tal manera que no previó que el muro pedía una escalera mayor. Cruzó la calle pensando en el azulejo y no escuchó el saludo de un vecino.

El hombre había murmurado: "Se volvió loco otra vez", pero no le dió importancia; que el mundo entero creyera lo que le diera la gana. Después de todo, la carencia de interés por las opiniones ajenas, era de los pocos privilegios de los pobres y Justino no sólo tenía conciencia sino también orgullo de serlo. El vecino, después de dejar pasar a un camión, se detuvo y vió cómo acomodó la escalera de perfil al muro.

La abrió y la arrastró hasta sentirla segura para trepar al primer peldaño, con tanta ansiedad que parecía temer que la escalera, se echara a andar por su cuenta y abandonarlo como también temía que el pájaro pudiera abandonarlo y dejarlo sólo sin pájaro y

con la amarga compañía del vecino. Se confió a la armazón, lamentó no encontrarse cerca de un pedazo de madera para procurarse la buena suerte de Dios, y buscó la altura. Fue cuando se atrevió a mirarlo: La quietud del pájaro era tan exagerada que por segundos lo creyó de lata, como un juguete de cuerda. "Pero de cuerda o no es igualito a uno de verdad". Y murmuró: A veces los embustes son más reales que la verdad". Sin embargo, no por eso, sintió un calor en las orejas que de inmediato se transformó en un sudor helado en la frente. La brusca aparición de un cazador de pájaros en una ciudad donde sólo los niños traviesos se encargaban de despedazarlos, podía sorprenderlo. "Debo subir poco a poco, porque de embuste o no, si se espanta, agarra cuerda y el hermanito se me vuela".

El vecino, a unos pasos atendía con curiosidad los movimientos de Justino sin entender que podía buscar sin pote ni brocha con la escalera pegada del muro del taller de reparaciones de autos. Otro vecino se le acercó:

—¿Qué estará haciendo el viejo? —Murmuró el primero.

El otro sonreído, se frotaba los ojos. Luego se sopló la nariz, con un pañuelo arrugado y húmedo. Tenía la córnea de los ojos amarillenta y con vetas sangrientas.

—¿Como que anda resfriado hermano?

—Las lluvias. Me resfrié sin darme cuenta.

Ambos observaron a Justino. El segundo vecino se guardó el pañuelo en el bolsillo del pantalón y comentó que Justino estaba loco.

—Acuérdate que ya una vez se pintó de negro.

—Pero fíjate que ahora lo está más que nunca. Con la escalera, pegado a la pared a esta hora y sin brocha ni pintura.

Se rieron con flojera procurando que Justino no los escuchara. Porque era viejo, pero no sordo y menos bobo y temían molestarlo. Pero la sorna de los amigos sólo le resultaba insoportable si la acompañaba el bolerista. Era un hombre que aún serio y sin hablar resultaba insoportable. Realmente lo de esa mañana era un presagio. Un día perfecto, el pájaro a punto, y el buen humor del bolerista. Aún así recordó con vergüenza y una débil tristeza el episodio.

II

Esa vez era día de sol y todo el mundo parecía contagiado del buen tiempo, después de varios días de nubes y aguaceros; tanto que el bolerista que siempre buscaba camorra y se despertaba con la cara descompuesta por sufrir la desesperada necesidad de soportar el endiablado mal humor de su mujer, apareció en la calle fresco y con tan saludable semblante que Justino creyó que su mujer lo había abandonado por otro. Justino lo celebró brindándole un cigarro y le dió dos palmadas en el hombro.

Entonces se dirigió a la Ferretería de Joaquín. Mientras caminaba, disfrutando de una brisa fresca y del día puro y sin nubes, se entregó a los pensamientos que días atrás lo perseguían; al colmo que pasó por el negocio de Joaquín sin advertirlo completamente desprendido de otra realidad que no fuera la imagen de su sombra. Cabizbajo podía pensarse que temía como cuando niño, pisar las rayas del pavimento, o algún bichito, o bien era el malestar moral de un día de guerra con doña Concha; pero Justino sólo se fijaba en su sombra.

En la mañana y en la tarde, al llegar el tiempo de las cervezas, se adelgazaba y era frágil como la esperanza de los viejos o la frescura del amor en los primeros años de juventud. Esa vez llevaba muchos días sin reposo y había descuidado la alimentación. Bebía ron y pintaba hasta el delirio.

—Concha —dijo entonces—. Escucha.

—Dime, mi amor.

—Ya se cómo voy a pintar el mundo entero sin que el corazón se canse.

—¿Y cómo?

—Voy a pintarme de negro.

—Estás loco: ya lo eres.

—No tanto como tu. Soy de color café.

—Ah vaina, mijo. ¿Qué tomaste hoy?

—Escucha, vieja bruja.

—Cuidado.

—Oye la inteligencia y no me interrumpas. La sombra es negra. Luego si me pinto de negro no tengo sombra, ¿verdad? Entonces paso a ser la sombra que soy yo y no puedo recordar el tiempo de trabajo, ¿comprendes?. Podría en la tarde y en la mañana ser más alto que un poste de luz.

—Justino. Tienes los ojos locos.

—Tu también, con la diferencia de que eres boba y yo acabo de hacer un descubrimiento que va a salir en los periódicos.

—Deja el aguardiente de una vez, te lo ruego, viejo.

—No entiendes. Las mujeres nunca entienden de otra cosa que no sea comida, dincro, o hacer cositas.

—Vulgar.

—Pero entiéndeme: Lo que quiero decirte es que podría olvidarme de mi sombra para siempre. Del cansancio de subir y bajar durante toda una vida sin llegar a ninguna parte.

Justino después de varias horas de trabajo pesaba cinco kilos más en el brazo derecho, y antes, las piernas flexibles y obedientes, se le endurecían con dolor sin considerar la buena voluntad del hombre que sólo empleaba su genio para llenar los muros con los colores más humildes. Y era la sombra lo que le recordaba el desgastamiento, la vejez, el lejano vigor de su adolescencia. Terminó por odiarla. Recordó con tristeza el llanto de su mujer y la burla de sus amigos cuando conocieron la disparatada idea que causara tanto pavor y tanta ansiedad a su pobre Concha. “Y lo peor es que me pinté y seguí tan viejo como antes, con el mismo peso y hasta la sombra se dió por ser más mala que nunca.

III

El bolerista que venía del barrio, con una gorra de beisbol, una franela rayada y un pantalón de pana, perdió tres arrugas de la frente y se sonrió apurando el paso para joderle la vida. Una de las pocas cosas, entre las canciones y los amores que ganaba y perdía el mismo día del triunfo después de haber llegado a la novena cerveza, que alegraban su humor de bolerista en permanente despecho.

—¿Qué vaina es esa, hermano?

El viejo lo escuchó y, sin verlo, notó que en la noche anterior había cantado y fumado lo suficiente como para amanecer peor y más maltratado que nunca; pero sin responderle, siguió trepando hasta pararse sobre el peldaño superior, apoyado con una mano en el muro y, sintiendo que la tierra le sacudía los huesos de las piernas. “Las tengo asustadas”, pensó. “Y de paso Garganta de Oro: siempre se asoma un pendejo. Pero si le pido que se calle, arma más alboroto”.

—Justino: ¿Qué vaina es esa? —insistió el hombre.

Le respondió lo más sereno y con la voz más amigable y suave del mundo que lo dejara en paz.

Fue cuando José el Bolerista perdió la sonrisa que lo había rejuvenecido. "Estoy loco", pensó. Entonces corrió sintiendo que la calle flotaba como una tabla ladeándose con las pisadas a la vez que la vista se le tornaba borrosa como si le hubiesen aceitado las pupilas. Después de cien metros logró llegar al abasto de Manuel, el portugués, y después de espantarlo, sudado y pálido, se apoyó en la mesa de la contadora, y esperó varios segundos, forzando los pulmones hasta conseguir una respiración humana y no de perro desesperado. Manuel se atrevió a preguntarle qué le sucedía. Por primera vez Manuel le conoció una voz más ronca pero sobre todo humilde, sin otra ambición que la de comunicarse con un ser humano y no demostrarle al mundo entero que era mejor que la de Negrete o Pedro Infante.

—Acabo de ver volando a Justino —dijo—. De verdad Manuel, ven a verlo.

—¿Qué te pasa José? ¿Te sientes bien?

—Te juro que es verdad, Manuel. -Se llevó el pulgar y el índice pegados en la punta de los labios-. Te juro que vi a Justino en el aire. Por favor, te lo ruego. Tienes que acompañarme a verlo.

Más de cuatro clientes del negocio se habían acercado a José, no tanto por haber escuchado una información tan espectacular sino por haberlo visto sin sangre en la piel cuando José más bien era cobrizo, prepotente y de una insuperable salud que más bien resultaba desagradable.

—Vengan a verlo. —Insistió.

Manuel y los que sorprendieron a José en aquel estado lo siguieron. Primero asomándose desde la puerta del abasto para evitar el fastidio de verse obligados a perder tiempo y después caminando y por último, con Manuel en la delantera y José resoplando y sobándose el pecho, tres o cuatro metros atrás, trotando y por último corriendo para comprender lo que de lejos era la verdad de lo que de la boca de José parecía más bien la estupidez de un borracho amanecido.

Al llegar, se encontraban alrededor de la escalera y formando un círculo, un grupo de curiosos, inmóviles, observando lo que les resultaba imposible comentar, mientras los automóviles que se habían detenido frente a la escalera, se vaciaban dejando las puertas

abiertas para aumentar el número de espectadores y el de las maldiciones y la estridencia de las bocinas de los que no podían tolerar que se detuviera la marcha del tránsito. Los afortunados en ver lo que era tan maravilloso como un sueño, continuaban paralizados, enmudecidos y perplejos, reflejando en sus rostros lo que sólo es posible descubrir cuando se vive toda una existencia sin sorprenderla como un sueño.

De lejos, semejaban un extraño pedestal hecho con un montón de figuras pintadas de diferentes colores con una estructura moderna y tan liviana que se encargaba de sostener, sin tocarla, una sombra mal vestida.

—Justino, gritó Joaquín que había dejado la ferretería y no se atrevía a buscar a Doña Concha o bien permanecer parado bajo Pepitón para recibir la caída.

—Ve si bajas, viejo, que estás en el aire.

Justino que había reducido el universo a la imagen del azulejo se extrañó de ver el grupo que rodeaba la escalera. Los sintió más pequeños y mezquinos que nunca. No le quitaban los ojos de encima y se confundían, porque todos lo observaban como si hubiesen sido paralizados y atontados por la aparición de un inesperado visitante de otro planeta. Pero al tropezar con los ojos de Joaquín, recordó el grito del compadre y comprobó que sólo era el sol lo que lo sostenía bajo los pies. “Estoy flotando”, dijo. Sufrió de pánico y se transformó en un temblor de plumas; el azulejo se le escapó de las manos, vio la escalera abajo, distinguió la mirada del compadre compartiendo su emoción y los ojos de Concha, enormes, y llenos de azulejos y de otros pájaros de diferentes colores. Entonces sintió vértigo.

Se derrumbó contra la escalera y quedó aplastado sobre la acera con una pierna asomada entre los peldaños. Nadie se movió. El propio Justino se fue incorporando después de quitarse la escalera de encima y de palparse los huesos adoloridos.

Lo vieron alejarse hacia el rancho, con la palma de la mano en el riñón derecho y cojeando de la pierna del mismo lado. Al llegar, Concha le distinguió la frente rota. Se llevó las manos a la cabeza:

—Dios mío, ¿que te pasó mi viejo?

—Nada.

—Pero déjame curarte. ¿Qué te pasó por Dios?

Justino se echó en la cama. Se imaginó el techo alborotado por azulejos que aleteaban de un modo tan lento que se imaginó en el cielo.

—La culpa es mía —dijo—. Ningún pájaro tiene por qué estar preso y menos castigado con una pata amarrada a la mesa.

Concha le secaba la herida de la frente con un paño.

—¿De qué hablas, mi viejo? ¿Por qué no me dices dónde te caíste?

—Ni siquiera pintados deben enjaularse.

Concha sentada al borde de la cama le puso alcohol y le tapó la herida con una venda adhesiva. Los vecinos que le habían visto burlarse de la ley de la gravitación y por última vez en la vida del milagro de la levitación, se encontraban asomados en la puerta del rancho.

—Es increíble, dijo el bolerista.

Justino lo reconoció:

—Canta a otra parte, pendejo: vas a espantar los pajaritos de Concha.

Versión Texto

FRANCISCO MASSIANI

Los Pajaritos de Doña Concha

I

Concha de los Ángeles y Justino su marido, no contaron con la suerte de conocer la quebrada Chapellín cuando era un milagro de agua limpia nacida en la montaña del Ávila.

Entonces descendía de un modo natural, siguiendo el curso que le procuraba la naturaleza, sin el control del progreso de la ciudad. Transparente y fría alimentaba árboles, refrescaba temperaturas, ganando resplandores en amaneceres y crepúsculos dorados inigualables sobre piedras y sobresalientes, hasta atravesar el Puente Murillo, y continuar bajo el Puente Chapellín sin tropiezos que no fueran los que inventara Papa Dios.

La quebrada se secó y entonces sobraron desamparados que penosamente se procuraron materiales sobrantes de obras de construcción como vigas, cabillas oxidadas, maderas de embalajes abandonados y hasta cemento y ladrillos y con el esfuerzo y la paciencia que fortalece la pobreza, terminaron por improvisar cientos de viviendas de diferentes proporciones y de modelos tan parecidos entre sí, que más que un barrio parecía un descomunal edificio derrumbado sobre la tierra entre los que se confundían el rancho de Doña Concha y Justino.

Sin embargo, en invierno, cuando llegan los aguaceros, el agua enlodada alcanza más de una cuarta de densidad y ayudada por la pendiente del terreno, se violenta penetrando por los callejones, saltando por las estrechas escaleras y arrastra, todo lo que encuentra sin peso y sin consistencia, creando la desesperación de los humanos y animales y transformando el barrio en una calamidad.

A Justino, ingeniero nato, fuera de dolerle el sufrimiento de los que no conseguían burlarse del mal tiempo, lo que más le causaba molestia era la proximidad del rancho vecino por en-

contrarse a sólo dos metros de distancia del suyo y porque la familia que la habitaba era un desastre.

Pero a Doña Concha, esa mañana, no le molestaron los carajitos gritones ni las dos concubinas que compartían el perpetuo alboroto de los niños con el padre de los gritones. Era una mujer de excelente humor a quien sólo el mal tiempo combinado con aquella familia infernal le endurecían el alma. Despertó a Justino con cara de haberse escapado de una pesadilla y le exigió que la oyera de verdad verdad porque lo que tenía que decirle era una vaina muy seria.

Justino no entendió lo que le dijo su mujer hasta no sentarse en la mesa, frente a la puerta con el pocillo de café. El temblor de la mano lo obligó a dejarlo sobre la tabla y fueron los perros que jugaban afuera los que lo despejaron lo suficiente como para recordar que Concha le había dirigido la palabra con gravedad. “No tengo ganas de reír ni de recibir una sonrisa de sueño cansado”, le oyó decir, a un lado, frente a la cocina, mientras dejaba que se hirviera el aceite del budare, Justino no se había arrancado las lagañas y conservaba en la boca la saliva fermentada por el ron, y amargada por la necesidad de trabajar en un día tan bonito y con el cuerpo tan adolorido por el trabajo y la parranda que lo tumbó en la cama cuando lo celebró con el compadre Joaquín, después de quince días de aguantar la sed, y de ajustarse a la disciplina de su trabajo. Era de oficio pintor de brocha gorda; pero como buen pobre lo cambiaba con tal de contar con su compadre quien lo orientaba por ser más audaz y por conocer mejor las viejas casas de La Florida. El compadre además de pintor de brocha gorda, se transformaba en plomero, electricista, jardinero, o realizaba pequeños trabajos de albañilería. Todo dependía de la necesidad y también de la suerte y esa vez demoraron en una quinta el tiempo suficiente como para ganarse la paga de un mes, y vivirlo sin inquietudes, pero lo celebraron durante una semana y perdieron casi una quincena.

-No me dijiste nada –dijo Concha.

-Porque no sé de lo que me estabas hablando. ¿No ves que todavía estoy muerto?

-Entonces párate de ese entierro y óyeme bien: tengo mil años mirando hacia el techo.

-¿Por qué? ¿A qué parte del techo?

Justino se guió por la mirada de los ojos grandes y húmedos de su mujer y vió el cable y después el bombillo que colgaba de la viga que atravesaba de muro a muro como sostén de las otras vigas y cabillas de la estructura del techo.

-¿Al bombillo?

-Estoy cansada de verlo. No sé por qué cada vez que me quedo en casa no le quito los ojos de encima.

-Trata de ver cucarachas. Así acabas con ellas.

-Pendejo –dijo Concha. Esta vez sonrió–: Te juro que trato de fijarme en el cuadrito y no puedo.

Justino vió un paisaje nevado pegado con goma sobre la cama.

-Entonces piensa que estás volando.

-Tu sabes que soy muy gorda para sentir que vuelo.

-¿Entonces qué quieres que haga? ¿Que saque el bombillo y nos quedemos sin luz?

-No.

-¿Entonces?

Concha abrió los ojos como una niña asustada:

-Te voy a confesar un secreto: tengo mil años tratando de pedirte un favor y no me atrevo.

-Dímelo.

-Que pintes pajaritos de diferentes colores en el techo y en las paredes.

Apuró de tal manera las palabras que no la entendió.

-¿Qué vaina es esa, Concha?

-Concha bajó la cabeza. Le habló de un modo pausado, mirando a la mesa, y meneándose sobre la butaca:

-Yo sabía que te ibas a poner bravo.

Justino consiguió tomarse el café de una vez; se quemó la boca y se frotó la cara con las manos.

Sentía deseos de fumarse un cigarro, pero sabía que de hacerlo, sentiría el estómago estragado. Necesitaba morder un pedazo de arepa y beberse otro pocillo. Se lo pidió a Concha.

Lo sorprendió el cambio de voz y de humor de ella. Al colmo que se asustó:

-Cuidado si me pides más arepas para escaparte de los pájaros.

Lo asustó porque imitó el tono de voz de su comadre Julia, una negra más negra y gorda que Concha que vivía con un carpintero los días feriados. Se ganaba la vida vendiendo empanadas y arepas en un negocio que tenía por clientela todo el barrio. Con la comadre Julia era imposible discutir. A Justino cuando en una reunión se le ocurría contradecirle, la notaba apagarse y endurecerse como una momia negra y él que jamás había palpado un arma en su pacífica existencia de pintor de brocha gorda, le resultaba inevitable recordar la escena de una película donde sentenciaban injustamente a un pobre diablo viejo y acabado. A Justino se le grabó para siempre el horror de la mirada del viejo segundos antes de ser vendado y perforado por los plomazos. Una implacable sentencia a muerte por el tribunal de guerra y ejecutaba en su imaginación, por el hombre que había preñado a la comadre Julia. Un soldado que desapareció el mismo día en que supo que la comadre estaba a punto de ser madre.

Imaginaba al soldado apuntándolo junto con cinco compañeros de arma y a la comadre esperando la orden para celebrar el desastre con un sancocho.

-Tengo hambre. -Se atrevió a decir.

-Una hora para responderme. Ya te lo dije: Pajaritos en todas partes de la casa.

-Está bien.

El cuerpo le temblaba entero. Escondió las manos porque Concha notó que tenía que sujetarse a la mesa para ocultar el violento quebranto que evolucionaba en su organismo por la decisión de su mujer y la resaca del ron.

-Termina de darme la arepa y el café. Después del cigarro hablamos. Tengo la lengua pegada de las muelas y la cabeza marcada por el aguardiente de ayer.

-Joaquín y tú son un par de borrachos. No sé cómo te aguanto.

Justino habló bajito:

-Porque soy más divertido que el bombillo.

Lo alivió escuchar la carcajada de su mujer. Después la saboreó con el calor que provenía del budare donde se asaban las arepas.

A Justino lo protegía ahora el olor a casa. No podía disfrutarlo sin la cocina y a Concha separada de ella. Pero las manos no tomaban en cuenta su corazón y los esfuerzos de ella por recuperarlo.

Temblaban de un modo exagerado. Las observaba con angustia y experimentaba la impresión de haberse dejado dominar por el espíritu de un ser invisible y burlón y lleno de mala leche. “Si tuviera una cerveza o un ron” –se dijo–. “Pero tengo que conformarme con el bendito café y las arepas”. Pero tenía a Concha y eso era mejor que todos los tragos del mundo. Le dió gracias a Dios por contar con tan buena mujer y ser tan paciente y generosa. “Esta vaina de la tembladera se me quitará poco a poco. Es puro miedo. Fue la voz de la comadre Julia. Habló igualito a esa vieja loca”.

Mientras Concha se ocupaba del desayuno, oyó un ladrido de perro.

Recordó los perros que jugaban en la mañana frente a la puerta. Poco después vió a un niño marrón, sin camisa, pasar corriendo con una piedra como para matar a un caballo. “Cuando uno está chiquito se divierte con una piedra”, murmuró. Y luego pensó que con los años sólo se recibían pedradas.

-Dígame eso –dijo–. Pintar pajaritos para Concha.

Ella se dió vuelta.

-¿Qué dijiste? –Preguntó Concha.

-Hablabas solo. Olvídalo.

-Cuidado con vainas.

Concha le puso el plato con las arepas y el café. Después de apartar una de las dos sillas, se sentó a su lado, acodada en la mesa. Sospechó que su marido desaprobaba su ilusión; cuando se sentía molesto o castigado, montaba una pierna sobre la otra, sacudía el zapato alzado, y clavaba los dedos de la mano desocupada en el pelambre canoso que conservaba en el cráneo. Concha lo conocía.

-Sé qué piensas –dijo.

La puerta se encontraba abierta. Ambos vieron hacia afuera. El sol resplandecía sobre una lata de cerveza del callejón de la entrada al rancho. A Justino le dolió en los ojos. Se los frotó. Luego escucharon gritos de niños y ladridos de perro. “La piedra”, se dijo. Terminó de masticar la arepa con las muelas que le quedaban y se secó el aceite de las manos con el algodón de un viejo pantalón que por haber sido usado por un señor de familia acomodada y demasiado bien alimentado, parecía más bien una falda cosida entre las piernas. A muchos amigos le causaba gracia el modelo porque de paso, siendo de aspecto frágil, ya que era pequeño y huesudo y con más arrugas que los años que había aguantado para inventarlas en la piel, se lo sostenía con un cinturón de Concha. Pero para Justino era ideal: le proporcionaba más soltura y ventilación en el trabajo.

Sorbió el café y después de dejar el pocillo sobre la mesa, sacó la caja de cigarros del bolsillo del pantalón y uno de los pocos que le quedaban lo encendió. Lo aspiró, y mientras dejaba escapar el humo por la nariz, se entretuvo con el diseño de la marca. Luego lo colocó sobre la mesa y lo golpeó suavemente chocándose los dedos.

-Están más caros que nunca: ahora cuestan el doble.

-Ojalá costaran el triple. No te imaginas lo que es dormir con una tos toda la noche.

Justino no la escuchó.

-Y lo peor es que la paga es la misma. También las brochas y la pintura y todos los materiales que necesitamos para el trabajo. Lo único que no está caro, según dicen, es la gasolina. ¿Pero quién va a cambiar una cerveza por una jarra de gasolina? ¿Des-

de cuándo se ha visto que la gente se quite el calor con un trago de gasolina? ¿Quién se va a alimentar con un plato de gasolina? Si uno no tiene ni siquiera bicicleta.

-No te hagas el loco.

Concha, además de emplear el tono de voz de la comadre Julia, lo miró como el soldado que la preñó y la abandonó cuando lo supo. “Para nosotros todo está caro”, dijo.

-¿Qué te pasa?, no te entiendo.

-Los pajaritos.

-Ah sí, los pajaritos.

-No me apartes los ojos y mírame. Eso es: los pajaritos. Así que olvídate de la gasolina y de la bicicleta.

-¿Y tú crees que pintándote los pajaritos te vas a olvidar del bombillo?

Concha era la voz de la comadre Julia y la mirada del soldado. Y Justino reflejó la expresión de una jornada de doce horas de trabajo.

-No lo sé —confesó Concha.

-¿Entonces?

-Tendría que ver pintado los pajaritos para saber que pasa.

-¿Y si no resulta?

-Si no resulta, no te pido más favores. Tendré que conformarme con el bombillo.

Justino aspiró el cigarro, le sopló el humo al techo y se sonrió.

Le rascó la cabeza a Concha.

-¿Seguro gorda que no son ideas de tu comadre Julia?

-Seguro, viejo. Fue que ayer me desperté tempranito. Tú sabes que los pájaros por acá comienzan a cantar como a las seis y media. Tú estabas dormido. Entonces me sentí muy sola. Recordé cuando estaba chiquitica y me encantaba oír la mañana por la ventana de casa. Estoy segura que sabía reconocer cómo cantaban todos los pájaros. Ahora los confundo a todos. Al único que reconozco es al cristofué. Pero antes los conocía a todos. Me sentí triste. Tú sabes que ya estamos viejos para tener muchachos y cuando te vas me quedo sola. Me quedo sola y mirando

el bendito bombillo, ¿comprendes, mi amor? Yo cuando estaba chiquitica tenía flores y mariposas y gatos y pájaros, y todo lo bonito del mundo. Y no es que me queje, es la soledad. Tú por lo menos sales a la calle y conversas con tu compadre y te emborrachas y gozas, y yo sola como una tonta viendo el bombillo. Por eso fue que pensé que pintando pajaritos en el techo se me quitaba la manía y me sentía menos sola.

-¿Y tú prendes el bombillo cuando te quedas sola? ¿De día?

-¿Y qué quieres que haga? No te fastidies.

Concha tenía los ojos húmedos, pero ahora a punto de lograr una lágrima.

-Pero es que me le quedo mirando, y hasta que no lo prendo no me quedo quieta. No sé que me pasa. Fíjate que tengo los ojos rojos todo el día.

Justino consideró en serio a los pájaros de Concha. “Mejor es que le pinte todos los pájaros que quiera, a que se me quede ciega”

-De acuerdo –dijo.

Dio un golpe con los nudillos del puño derecho sobre la mesa.

-¿De acuerdo qué?

-Tendrás tus pajaritos, pero después no te quejes de sentirte encerrada en una jaula llena de pájaros como una guacamaya abobada por el bombillo. Y por favor, no hables más de pájaros y repitas pajaritos o pajarotes, que ya siento que tengo pico y alas y a punto de echar vuelo.

-Quién sabe si pasa.

-¿Qué cosa?

-Nada –dijo y se sonrió–. Pensé que paseabas entre las nubes.

Aún después de haber llegado al puente Chapellín, Justino compartía con una sonrisa las carcajadas que brotaban bajo el techo de su rancho. “Concha es una gran mujer”, pensó. “Lástima que sólo pinte muros y no pueda pintarle algo bonito”.

Saludó a los viejos que se encontraban sentados en la acera, junto al nicho de la virgen de la esquina después de pasar el

puede y se dirigió a la Ferretería donde trabajaba su compadre Joaquín. Pensaba en el trabajo y necesitaba calentar fuerzas con un ron. Saludó al dueño y buscó a Joaquín al fondo del negocio. Joaquín lo saludó entre dos estantes. Los anaqueles mostraban diferentes marcas de potes de pintura.

-¿Cómo se levantó compadre?

-Golpeado compadre. Nos tomamos todo el ron del mundo.

-Pero estaba sabroso, compadre.

-Seguro. Mira Joaquín, ¿me prestas la escalera?

-¿Y usted va a trabajar con ese montón de ron sin un buen sueño? Mire que ya no está muchacho.

-Tengo cinco menos que usted, compadre. Pero no me queda más remedio.

Salieron a la entrada de la ferretería. Por la calle real de Chapellín se entrecruzaban autos, camiones y todas las motos necesarias para despertar a todos los dormidos. Justino no lo estaba; pero a pesar del ron y de haberse levantado dos horas antes, su organismo no asimilaba aún la agitación del nuevo día. Sin embargo, al detenerse en la puerta y permanecer distraído observando a la gente que pasaba, se fijó en el muro del taller mecánico y se despejó del todo. El pájaro no podía ser otro que un azulejo. Brillaba bajo el sol, con un azul más intenso que el del cielo, sobre el filo.

No se movía del lugar. O lo deslumbraba el frescor de la mañana, o no había encontrado pareja para disfrutar o una rama, o tal vez prefería digerir completo el desayuno antes de volar.

-Si logro agarrarlo, me lo llevo a casa, lo amarro de la pata de una mesa y lo pinto igualito. Porque si lo pinto de memoria me sale un rabipelado.

Joaquín lo escuchó. Se metió las manos en los bolsillos y se le acercó:

-¿Qué le pasa compadre? ¿De qué está hablando?

-Nada. Miraba. ¿Viste que sobre el muro del taller hay un pájaro?

Joaquín demoró el tiempo de sacar la cajetilla del bolsillo de la camisa y encender un cigarro en precisarlo. Su miopía era

leve y reciente y no le causaba problemas en su trabajo. Respondió con el humo en la boca.

-Y bueno. ¿Usted no desayunó completo?

-Sí, pero me gustaría llevármelo a la casa.

-¿Y para qué quiere usted un pobre animalito encerrado en ese rancho?

-Cosas de Concha.

-Ah, bueno donde manda capitán no manda marinero. ¿Se lleva la escalera?

-Ahora mismo.

-¿Qué le parece un traguito antes?

-Perfecto compadre.

Joaquín descubrió la botella que permanecía oculta detrás de un pote de pintura. Se la pasó y vio como el amigo sorbía cuatro tragos a la vez. La devolvió a Joaquín y se secó la boca con la manga de la camisa. Después tosió, se secó por segunda vez la boca con los ojos rojos y lacrimosos como si hubiese probado un brebaje mortal. Entonces le insinuó con la mano temblorosa y abierta que le ofreciera el último. Joaquín lo complació sonreído. Después del quinto trago, la botella había disminuido la cantidad suficiente como para entristecer a Joaquín y eliminar a Justino el miedo a seguir tiritando.

-¿Qué tal compadre? –preguntó serio Joaquín.

Justino eructó, se secó dos lágrimas que brotaron del ojo derecho con un dedo y después de toser, le respondió que se sentía perfecto.

-Pero me acabó la botella compadre.

-Joaquín se la mostró.

-Perdone compadre. Yo le compro otra.

-Está bien. Olvídelo.

Joaquín escondió la botella en el mismo lugar y después le pidió que lo acompañara a buscar la escalera. Era de tijera, de aluminio y pudo sostenerla con el hombro derecho. Lo ayudaba la joroba, la experiencia y sobre todo la esperanza de atrapar el pájaro.

Justino acostumbraba a caminar cabizbajo como lo hacen los niños después de estrenar sus primeros zapatos. Justino no había estrenado zapatos porque los heredaba de sus parientes, o de dueños de casa donde trabajaba, en cambio heredó desde que dejó de chuparse el dedo gordo y perder el primer diente, caminar cuidando no pisar las rayas del pavimento, o de los mosaicos. Posteriormente, olvidado del juego, además de sufrir de una timidez enfermiza, se le sorprendía con frecuencia dando saltitos por la calle. La gente ignoraba que no era por nervios, era miedo a pisar los bichitos que encontraba en el camino. De tal manera que con el tiempo le nació una joroba de las que les aparece a los seres desafortunados, tristes o de una sensibilidad exagerada. En el caso de Justino, era una timidez incurable y tan vieja como el tiempo transcurrido desde la vez que procuró evitar muchedumbres; gente desconocida en su casa o fiestas de más de cinco personas. La culpa la tenía Concha por haberlo obligado a bailar en casa de sus parientes, sabiendo que sólo bailaba si bebía demasiado, o si lo dejaban sólo en su casa. Sin embargo el defecto lo ayudaba a soportar, y ajustar más cómodamente las vigas, o las tablas, o pesos. Pero sobre todo la escalera, fuera de salvarlo de las caídas inevitables en el trabajo de la albañilería, y el de peatón en una ciudad donde jamás se han preocupado por los seres que tienen piernas en vez de cauchos. Resultaba difícil que después de permanecer escasos minutos en una casa, no conociera el número de chiripas o cucarachas, o cualquier animalucho de los que duermen de día y juegan a pasearse sin haber llegado la noche, por hambre o por insomnio. Lo único que le dolía de veras en la costumbre de andar de ese modo era los tropezones con árboles, postes y hasta con puertas y muros, si por casualidad pasaba del encantamiento de las primeras copas a la absoluta plenitud de la borrachera.

De tal manera que no previó que el muro pedía una escalera mayor. Cruzó la calle pensando en el azulejo y no escuchó el saludo de un vecino.

El hombre había murmurado “Se volvió loco otra vez” pero no le dio importancia; que el mundo entero creyera lo que le

diera la gana. Después de todo, la carencia de interés por las opiniones ajenas, era de los pocos privilegios de los pobres y Justino, no sólo tenía conciencia sino también orgullo de serlo. El vecino, después de dejar pasar a un camión, se detuvo y vio cómo acomodó la escalera de perfil al muro.

La abrió y la arrastró hasta sentirla segura para trepar al primer peldaño, con tanta ansiedad que parecía temer que la escalera, se echara a andar por su cuenta y abandonarlo como también temía que el pájaro pudiera abandonarlo y dejarlo sólo sin pájaro y con la amarga compañía del vecino. Se confió a la armazón, lamentó no encontrarse cerca de un pedazo de madera para procurarse la buena suerte de Dios, y buscó la altura. Fue cuando se atrevió a mirarlo: La quietud del pájaro era tan exagerada que por segundos lo creyó de lata, como un juguete de cuerda. “Pero de cuerda o no es igualito a uno de verdad”. Y murmuró: “A veces los embustes son más reales que la verdad”. Sin embargo, no por eso, sintió un calor en las orejas que de inmediato se transformó en un sudor helado en la frente. La brusca aparición de un cazador de pájaros en una ciudad donde sólo los niños traviesos se encargaban de despedazarlos, podía sorprenderlo. “Debo subir poco a poco, porque de embuste o no, si se espanta, agarra cuerda y el hermanito se me vuela”.

El vecino, a unos pasos atendía con curiosidad los movimientos de Justino sin entender que podía buscar sin pote ni brocha con la escalera pegada del muro del taller de reparaciones de autos. Otro vecino se le acercó:

-¿Qué estará haciendo el viejo? –Murmuró el primero.

El otro sonreído, se frotaba los ojos. Luego se sopló la nariz, con un pañuelo arrugado y húmedo. Tenía la córnea de los ojos amarillenta y con vetas sangrientas.

-¿Cómo que anda resfriado hermano?

-Las lluvias. Me resfrié sin darme cuenta.

Ambos observaron a Justino. El segundo vecino se guardó el pañuelo en el bolsillo del pantalón y comentó que Justino estaba loco.

-Acuérdate que ya una vez se pintó de negro.

-Pero fíjate que ahora lo está más que nunca. Con la escalera, pegado a la pared a esta hora y sin brocha ni pintura.

Se rieron con flojera procurando que Justino no los escuchara. Porque era viejo pero no sordo y menos bobo y temían molestarlo. Pero la sorna de los amigos sólo le resultaba insoportable si la acompañaba el bolerista. Era un hombre que aún serio y sin hablar resultaba insoportable. Realmente lo de esa mañana era un presagio. Un día perfecto, el pájaro a punto, y el buen humor del bolerista. Aún así recordó con vergüenza y una débil tristeza el episodio.

II

Esa vez era día de sol y todo el mundo parecía contagiado del buen tiempo, después de varios días de nubes y aguaceros; tanto que el bolerista que siempre buscaba camorra y se despertaba con la cara descompuesta por sufrir la desesperada necesidad de soportar el endiablado mal humor de su mujer, apareció en la calle fresco y con tan saludable semblante que Justino creyó que su mujer lo había abandonado por otro. Justino lo celebró brindándole un cigarro y le dio dos palmadas en el hombro.

Entonces se dirigió a la Ferretería de Joaquín. Mientras caminaba, disfrutando de una brisa fresca y del día puro y sin nubes, se entregó a los pensamientos que días atrás lo perseguían al colmo que pasó por el negocio de Joaquín sin advertirlo completamente desprendido de otra realidad que no fuera la imagen de su sombra. Cabizbajo podía pensarse que temía como cuando niño, pisar las rayas del pavimento, o algún bichito, o bien era el malestar moral de un día de guerra con doña Concha; pero Justino sólo se fijaba en su sombra.

En la mañana y en la tarde, al llegar el tiempo de las cervezas, se adelgazaba y era frágil como la esperanza de los viejos, o la frescura del amor en los primeros años de juventud. Esa vez llevaba muchos días sin reposo y había descuidado la alimentación. Bebía ron y pintaba hasta el delirio.

-Concha -dijo entonces-. Escucha.

-Dime, mi amor.

-Ya sé cómo voy a pintar el mundo entero sin que el corazón, se canse.

-¿Y cómo?

-Voy a pintarme de negro.

-Estás loco: ya lo eres.

-No tanto como tú. Soy de color café.

-Ah vaina, mijo. ¿Qué tomaste hoy?

-Escucha, vieja bruja.

-Cuidado.

-Oye la inteligencia y no me interrumpas. La sombra es negra. Luego si me pinto de negro no tengo sombra, ¿verdad? Entonces paso a ser la sombra que soy yo y no puedo recordar el tiempo de trabajo, ¿comprendes? Podría en la tarde y en la mañana ser más alto que un poste de luz.

-Justino. Tienes los ojos locos.

-Tú también, con la diferencia de que eres boba y yo acabo de hacer un descubrimiento que va a salir en los periódicos.

-Deja el aguardiente de una vez, te lo ruego, viejo.

-No entiendes. Las mujeres nunca entienden de otra cosa que no sea comida, dinero, o hacer cositas.

-Vulgar.

-Pero entiéndeme: Lo que quiero decirte, es que podría olvidarme de mi sombra para siempre. Del cansancio de subir y bajar durante toda una vida sin llegar a ninguna parte.

Justino después de varias horas de trabajo pesaba cinco kilos más en el brazo derecho, y antes, las piernas flexibles y obedientes, se le endurecían con dolor sin considerar la buena voluntad del hombre que sólo empleaba su genio para llenar los muros con los colores más humildes. Y era la sombra lo que le recordaba el desgastamiento, la vejez, el lejano vigor de su adolescencia. Terminó por odiarla. Recordó con tristeza el llanto de su mujer y la burla de sus amigos cuando conocieron la disparatada idea que causara, tanto pavor y tanta ansiedad a su pobre Concha. “Y lo peor es que me pinté y seguí tan viejo como an-

tes, con el mismo peso y hasta la sombra se dió por ser más mala que nunca.

III

El bolerista que venía del barrio, con una gorra de beisbol, una franela rayada y un pantalón de pana, perdió tres arrugas de la frente y se sonrió apurando el paso para joderle la vida. Una de las pocas cosas, entre las canciones y los amores que ganaba y perdía el mismo día del triunfo después de haber llegado a la novena cerveza, que alegraban su humor de bolerista en permanente despecho.

-¿Qué vaina es esa, hermano?

El viejo lo escuchó y, sin verlo, notó que en la noche anterior había cantado y fumado lo suficiente como para amanecer peor y más maltratado que nunca; pero sin responderle, siguió trepando hasta pararse sobre el peldaño superior, apoyado con una mano en el muro y, sintiendo que la tierra le sacudía los huesos de las piernas. “Las tengo asustadas”, pensó. “Y de paso Garganta de Oro: siempre se asoma un pendejo. Pero si le pido que se calle, arma más alboroto”.

-Justino: ¿Qué vaina es esa? –insistió el hombre.

Le respondió lo más sereno y con la voz más amigable y suave del mundo que lo dejara en paz.

Fue cuando José el Bolerista perdió la sonrisa que lo había rejuvenecido. “Estoy loco”, pensó. Entonces corrió sintiendo que la calle flotaba como una tabla ladeándose con las pisadas a la vez que la vista se le tornaba borrosa como si le hubiesen aceitado las pupilas. Después de cien metros logró llegar al abasto de Manuel, el portugués, y después de espantarlo, sudado y pálido, se apoyó en la mesa de la contadora, y esperó varios segundos, forzando los pulmones hasta conseguir una respiración humana y no de perro desesperado. Manuel se atrevió a preguntarle qué le sucedía. Por primera vez Manuel le conoció una voz más ronca pero sobre todo humilde, sin otra ambición

que la de comunicarse con un ser humano y no demostrarle al mundo entero que era mejor que la de Negrete o Pedro Infante.

-Acabo de ver volando a Justino –dijo–. De verdad Manuel, ven a verlo.

-¿Qué te pasa José? ¿Te sientes bien?

-Te juro que es verdad, Manuel. –Se llevó el pulgar y el índice pegados en la punta de los labios–. Te juro que vi a Justino en el aire. Por favor, te lo ruego. Tienes que acompañarme a verlo.

Más de cuatro clientes del negocio se habían acercado a José, no tanto por haber escuchado una información tan espectacular sino por haberlo visto sin sangre en la piel cuando José más bien era cobrizo, prepotente y de una insuperable salud que más bien resultaba desagradable.

-Vengan a verlo. –Insistió.

Manuel y los que sorprendieron a José en aquel estado lo siguieron. Primero asomándose desde la puerta del abasto para evitar el fastidio de verse obligados a perder tiempo y después caminando y por último, con Manuel en la delantera y José resoplando y sobándose el pecho, tres o cuatro metros atrás, trocando y por último corriendo para comprender lo que de lejos era la verdad de la boca de José parecía más bien la estupidez de un borracho amanecido.

Al llegar, se encontraban alrededor de la escalera y formando un círculo, un grupo de curiosos, inmóviles, observando lo que les resultaba imposible comentar, mientras los automóviles que se habían detenido frente a la escalera, se vaciaban dejando las puertas abiertas para aumentar el número de espectadores y el de las maldiciones y la estridencia de las bocinas de los que no podían tolerar que se detuviera la marcha del tránsito. Los afortunados en verlo que era tan maravilloso como un sueño, continuaban paralizados, enmudecidos y perplejos, reflejando en sus rostros lo que sólo es posible descubrir cuando se vive toda una existencia sin sorprenderla como un sueño.

De lejos, semejaban un extraño pedestal hecho con un montón de figuras pintadas de diferentes colores con una estructura

moderna y tan liviana que se encargaba de sostener, sin tocarla, una sombra mal vestida.

-Justino, gritó Joaquín que había dejado la ferretería y no se atrevía a buscar a Doña Concha o bien permanecer parado bajo Pepitón para recibir la caída.

-Ve si bajas, viejo, que estás en el aire.

Justino que había reducido el universo a la imagen del azulejo, se extrañó de ver el grupo que rodeaba la escalera. Los sintió más pequeños y mezquinos que nunca. No le quitaban los ojos de encima y se confundían, porque todos lo observaban como si hubiesen sido paralizados y atontados por la aparición de un inesperado visitante de otro planeta. Pero al tropezar con los ojos de Joaquín, recordó el grito del compadre y comprobó que sólo era el sol lo que lo sostenía bajo los pies. “Estoy flotando”, dijo. Sufrió de pánico y se transformó en un temblor de plumas; el azulejo se le escapó de las manos, vio la escalera abajo, distinguió la mirada del compadre compartiendo su emoción y los ojos de Concha, enormes, y llenos de azulejos y de otros pájaros de diferentes colores. Entonces sintió vértigo.

Se derrumbó contra la escalera y quedó aplastado sobre la acera con una pierna asomada entre los peldaños. Nadie se movió. El propio Justino se fue incorporando después de quitarse la escalera de encima y de palparse los huesos adoloridos.

Lo vieron alejarse hacía el rancho, con la palma de la mano en el riñón derecho y cojeando de la pierna del mismo lado. Al llegar Concha le distinguió la frente rota. Se llevó las manos a la cabeza:

-Dios mío, ¿qué te pasó mi viejo?

-Nada.

-Pero déjame curarte. ¿Qué te pasó por Dios?

Justino se echó en la cama. Se imaginó el techo alborotado por azulejos que aleteaban de un modo tan lento que se imaginó en el cielo.

-La culpa es mía –dijo–. Ningún pájaro tiene por qué estar preso y menos castigado con una pata amarrada a la mesa.

Concha le secaba la herida de la frente con un paño.

-¿De qué hablas, mi viejo? ¿Por qué no me dices dónde te caíste?

-Ni siquiera pintados deben enjaularse.

Concha sentada al borde de la cama, le puso alcohol y le tapó la herida con una venda adhesiva. Los vecinos que le habían visto burlarse de la ley de la gravitación y por última vez en la vida del milagro de la levitación, se encontraban asomados en la puerta del rancho.

-Es increíble, dijo el bolerista.

Justino lo reconoció:

-Canta a otra parte, pendejo: vas a espantar los pajaritos de Concha.